

JUAN CANO:

# TRADICION Y RENOVACION EN MIGUEL HERNANDEZ

Dentro de los Cursos Universitarios de la Fundación, el profesor don Juan Cano Ballesta, uno de los más destacados especialistas en Miguel Hernández, ha pronunciado dos conferencias sobre «Miguel Hernández: Tradición y renovación», y «Pablo Neruda y Miguel Hernández: momentos de una amistad fecunda». Ofrecemos un resumen de ambas lecciones.

DENTRO de la extraordinaria riqueza y variedad que alcanzó la poesía española durante los años veinte y treinta, hasta convertirse, tal como dijo Hugo Friedrich, en «la más preciosa joya que engalana la poesía europea del siglo xx», destaca la obra de Miguel Hernández por su apasionada vibración humana y su extraordinaria calidad. En el Madrid de los treinta, centro de irradiación cultural y artística y escenario de varias fecundas generaciones —el 98, los poetas del 27— surge la figura de Miguel Hernández con una concepción de la creación poética como proyección artística de las más hondas preocupaciones humanas. Sus temas —el amor, la maternidad, la esposa, la guerra, sangre y muerte, la soledad— que él trata con esa autenticidad que le es tan propia, han logrado mantener una actualidad permanente y aún hoy, a cuarenta años de distancia, su sensibilidad sigue siendo la nuestra.

Miguel, hijo de un contratante de ganado, y de escasos estudios por tenerse que dedicar a guardar las cabras en los montes de Orihuela, nace a la literatura fuertemente arraigado en su tierra natal y en la tradición literaria española. Su contacto con la Naturaleza y sus lecturas de los clásicos, así como el contacto con escritores en la tertulia literaria de Orihuela, le mueven a escribir su primer libro, *Perito en lunas* (1933), imbuido de la tradición barroca y de una vi-



DON JUAN CANO BALLESTA es Catedrático de Literatura Española en la Universidad de Boston, habiendo ejercido anteriormente la docencia como lector de español y profesor visitante en las Universidades de Göttingen (Alemania), Kansas y Yale, entre otras. Entre sus obras figuran «La poesía de Miguel Hernández» (1971). «Miguel Hernández. El hombre y su poesía» (1974) y «La poesía española entre pureza y revolución (1930-1936)» (1972).

sión transfigurada y luminosa del mundo de lo rústico y vulgar que tan bien conoce.

Cuando Miguel llega a Madrid, en 1934, su bagaje poético de pasión telúrica, de ingenuidad y autenticidad, llama fuertemente la atención en un ambiente que carecía de ellas. Sus temas tomados de la vida diaria, el horizonte vital del campesino, su cielo natural y cotidiano, el contraste entre el duro y sudoroso trabajo creador del hortelano y la recompensa del amor, también creador, al regreso al hogar; el acento apasionado y herido, de anhelos irreprimibles, con que canta al amor humano y concreto, lejos de todo intelectualismo refinado y de todo sentimentalismo pseudorromántico, aportan a la poesía española del momento nuevos aires revolucionarios en formas y temas. Su amistad con Neruda y Alexandre en la capital, le orienta, por otro lado, hacia una poesía cada vez más personal y libre, y Miguel Hernández se coloca pronto a la cabeza de un movimiento renovador.

Toda una serie de motivos constantes marcan la poesía de Miguel Hernández: la sangre, símbolo destructor que le arrastra fatalmente a la «cornada trágica de su vida», y que es también vitalidad y amor; la tierra, que le presta sus jugos y símbolos, reflejados por el poeta en afiladas imágenes metálicas de arados, cuchillos y puñales; la exaltación del amor sexual sin eufemismos ni platonismos, como acontecimiento de raíces telúricas y exigencia de fuerzas cósmicas; el toro, símbolo del enamorado cuyo amor no es correspondido..., aparecen en su libro más conocido, *El Rayo que no cesa*.

## POESÍA DE AMOR Y ODIOS

Otro momento importante en la poesía de Miguel es el tiempo de guerra. Será en los tristes momentos de la cárcel, sin poder contemplar otro paisaje que el de pesadilla de dientes afilados y el fulgor de puños cerrados, cuando Miguel escribe poemas que son manchas rojas y negras. En un lenguaje más sobrio e íntimo, con menos despliegue de colorido, se va liberando de los incentivos sensoriales del mundo exterior y se convierte en el poeta del hombre deshumanizado, sediento de odio y destrucción, con manos como garras, acechando como una bestia. De poeta de un grupo social combatiente, Miguel se convierte en poeta amargamente desilusionado del hombre en general, y se refugia en la esposa, criatura de carne y hueso (lejos de la amada de ensueño de Antonio Machado), alba y luz que alumbraba el sol naciente: el hijo. Allí, en el penal de Ocaña, escribe Miguel las *Nanas de la cebolla*.

La llegada a Madrid de Pablo Neruda constituyó, dentro de las letras en lengua española, un encuentro fecundante, un acontecimiento comparable, en muchos aspectos, con la visita de Rubén Darío cuatro décadas antes. En Madrid, guiado por García Lorca, encontró el poeta chileno «una brillante fraternidad de talentos», un grupo de jóvenes poetas que luchaban por una renovación artística. Su *Residencia en la tierra* aportaba una nueva sensibilidad revolucionaria del orden estético, que daba cauce libre al sentimiento poético, valorado por

encima de la conciencia de estilo, de la poesía «pura» de Juan Ramón y algunos poetas del 27. Y al frente de este grupo de jóvenes poetas que escriben en *Caballo Verde para la poesía*, el más atrevido, Miguel Hernández, que se convirtió en admirador incondicional y pregonero de la nueva estética del corazón.

Pronto se vio el poeta de Orihuela desgarrado por dos influencias contrapuestas. Si su amigo Ramón Sijé le conducía a una orientación clasicista, a la poesía religiosa y al teatro sacro, tratando de neutralizar su anticlericalismo, fueron Aleixandre, y, sobre todo, Neruda quienes le empujaron al surrealismo, a las formas poéticas revolucionarias y a la poesía de compromiso. El poeta chileno tuvo un poderoso ascendiente en el desarrollo de la ideología sociopolítica de Miguel. En un momento de crisis bélica en el país, Miguel comprende que el arte no puede ser neutral y que una poesía pura no vale más que para una sociedad sin clases. La literatura ha de ser combativa. Cree firmemente en el poder transformador de la palabra, en su función social y política, y se dedica a escribir artículos sobre la vida miserable de los campesinos castellanos. *Los hijos de la piedra* es el drama de la revuelta de mineros en Asturias en 1934.

A partir de entonces dirige su poesía contra el capitalismo, con furia revolucionaria y anticlerical. Poesía recorrida por una violencia lírico-épica, íntimamente ligada a su momento histórico.

La amistad profunda, humana y artística entre Pablo y Miguel Hernández dio ricos frutos para las letras españolas, consiguió abrir nuevos horizontes y crear entre los jóvenes una atmósfera de libertad y osadía. Como logro de más vastas consecuencias, ayudó a crear una conciencia más profunda de la relación esencial y orgánica entre el artista y la sociedad, entre el arte y la vida.

En un poeta de primera fila como Miguel Hernández, este encuentro con Neruda no es un mero proceso pasivo, sino el desenvolvimiento de una secreta afinidad interna que le ha conducido a confirmar en un prestigioso maestro sus propias facultades artísticas.